

## El historiador en sus cartas. Epistolario inédito y escritura de la historia de Américo Tonda (1928-1983)

Liliana María Brezzo\*  
María Gabriela Micheletti\*\*

### Resumen

*Este trabajo presenta los resultados más recientes de una investigación sobre el archivo epistolar inédito del historiador sacerdote Américo Tonda (1916-1984). Sus objetivos consisten en examinar el espacio epistolar como un laboratorio de ideas durante la preparación de su producción académica, restablecer los mecanismos de circulación de la obra histórica y la conformación de círculos de cooperación intelectual. El marco de reflexión del trabajo reposa en las modulaciones recientes de las nociones de archivo y de archivos de sí; problematiza las relaciones entre escrituras privadas (cartas, autobiografías, diarios íntimos) y escrituras públicas (producción histórica). Ofrece, sobre la base de una primera cartografía del acervo epistolar, un panorama sobre sus principales corresponsales en el transcurso de su práctica de la historia religiosa.*

Palabras clave: epistolarios, historia de la historiografía, historia religiosa, historiadores

## The historian in his letters. Unpublished epistolary and history writing of Américo Tonda (1928-1983)

### Abstract

*This work presents the most recent results of an investigation in progress on the unpublished epistolary archive of the priest historian Américo Tonda (1916-1984). Its objectives consist of examining the epistolary field as a laboratory of ideas during the preparation of his academic production, reestablishing the mechanisms of circulation of the historical work and the formation of circles of academic cooperation. The discussion frame of the work rests on the recent modulations of the notions of archive and archives of itself; and it problematizes the relations between private writings (letters, autobiographies, intimate diaries) and public writings (historical production). Offers, based on a first cartography of the epistolary collection, an overview of his main correspondents, during his practice of religious history.*

Keywords: epistolary, history of historiography, religious history, historians

Fecha de recepción: 05-09-2022

Fecha de aceptación: 22-02-2023

\* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Instituto de Estudios Históricos, Económicos, Sociales e Internacionales (IDEHESI). Universidad Católica Argentina (UCA). Argentina. E-mail: lilianabrezzo@gmail.com

\*\* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Instituto de Estudios Históricos, Económicos, Sociales e Internacionales (IDEHESI). Universidad Católica Argentina (UCA). Argentina. E-mail: gabimiche@yahoo.com.ar



## Introducción

¿Qué porción de su oficio desenvuelve un intelectual a través de su correspondencia? ¿De qué modo contribuye el intercambio epistolar a las labores intelectuales? ¿Qué vínculos y qué proyectos anidan o se fortalecen a partir de esas cartas? Y, más aún, ¿de qué manera lo personal -reflejado en los escritos privados, como las cartas, los diarios íntimos, las autobiografías y las memorias- incide en el trabajo del historiador y sirve para explicar su práctica historiográfica, la elección de sus temas, el acceso a las fuentes, la difusión de sus resultados?

Este trabajo presenta los resultados de una investigación en progreso sobre el archivo epistolar inédito del historiador sacerdote Américo Tonda (1916-1984). La conversación mantenida a distancia desde Santa Fe, Roma, Buenos Aires y Rosario, con su familia, amigos, maestros y estudiosos de la historia, dio origen a un voluminoso acervo epistolar. De momento, hemos podido contabilizar 2325 piezas epistolares comprendidas entre los años 1928 y 1983, importantes no tan sólo por la cartografía de correspondencia que permite recuperar con fina precisión, sino por el propio contenido de las cartas que contribuye a analizar -de acuerdo con los objetivos iniciales de esta investigación- la genealogía intelectual del historiador, examinar el espacio epistolar como un laboratorio de ideas durante la preparación de su producción académica y restablecer los mecanismos de circulación de la obra histórica y la conformación de círculos de cooperación académica. En el plano teórico, esta investigación pretende contribuir a la problematización de algunas de las convenciones historiográficas que rodean a las nociones de “archivos de sí” y de “obra histórica”.

El lugar de Tonda en la historiografía argentina ha conocido, hasta ahora, pocos estudios. El primero de ellos consistió en una tesis de licenciatura y un bosquejo biográfico seguido de una bio-bibliografía, realizados por Mónica Martínez (1985 y 1987), poco después del fallecimiento del historiador (Florián y Fogliato, 2011). Miguel Ángel De Marco (2007) describió luego, sobre la base de recuerdos personales de la actuación profesional que compartiera con Tonda, momentos significativos de su trayecto intelectual. Más recientemente, los estudiosos de la historia del catolicismo en Argentina, Miranda Lida y Roberto Di Stefano, se propusieron, en sendos artículos, ponderar en su “justo valor”, en palabras de Lida (2011), “la obra de un historiador que hoy en día es poco leído, incluso entre los especialistas” (p. 20). Lo hizo a través de los aportes realizados por Tonda sobre el pensamiento eclesiológico del deán Gregorio Funes en los años de la revolución de la independencia; en tanto, Di Stefano (2010) le dedicó, a modo de homenaje, un análisis en profundidad sobre la reforma eclesial en tiempos de Bernardino Rivadavia.

El robusto acervo epistolar integra el Fondo Américo Tonda, que consiste en un archivo personal compuesto por una variada documentación: obras editadas del autor, manuscritos, apuntes de cátedra, cuadernos de nivel primario, fotografías familiares, recuerdos, diplomas,

condecoraciones y escritos autobiográficos. Se conserva en la Biblioteca Central Campus Rosario de la Pontificia Universidad Católica Argentina; constituye un legado que recibió el Instituto de Historia de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario -gestiones mediante de su entonces director, Miguel Ángel De Marco- luego de que ocurriera el sorpresivo fallecimiento del sacerdote historiador a comienzos del año 1984, durante el transcurso de un viaje de investigación a Chile. Las tareas iniciales de organización las llevó a cabo, en ese entonces, Mónica Martínez, joven estudiante que preparó y defendió su Tesis de Licenciatura en Historia a partir de esos fondos documentales, y que confeccionó y publicó una bio-bibliografía de Tonda (Martínez, 1987). Años más tarde, la Facultad, el Instituto y su biblioteca experimentaron varias mudanzas y cambios de edificios, y la documentación contenida en el Fondo Tonda resultó relegada a algún depósito en el que permaneció desordenada y fuera de la consulta de los investigadores por poco menos de dos décadas.

De manera coincidente con la celebración de los 50 años del Instituto de Historia, en el año 2016, surgió la iniciativa de recuperar este fondo. Trasladado al sector de la Biblioteca Central en el que se encuentran alojados la Hemeroteca, el Tesoro y las Colecciones Especiales, el personal bibliotecario comenzó un proceso sistemático de preservación, reorganización, clasificación y catalogación, que incluye el inventario del acervo epistolar comprendido entre 1928 y 1983.<sup>1</sup> En forma paralela, integrantes del Grupo de Estudio Escrituras y Representaciones del Pasado<sup>2</sup> desarrollaron una investigación, cuyos resultados provisionales se presentan en este trabajo.<sup>3</sup>

## Marco de reflexión

Al reposar en el archivo del historiador santafesino, esta investigación requirió el diálogo con un conjunto de trabajos recientes que hacen foco en las nociones de archivo, en la de archivos personales de historiadores y en las relaciones entre escrituras privadas (cartas, autobiografías, diarios íntimos) y escrituras públicas (producción histórica).<sup>4</sup>

Desde el último tercio del siglo XX se han dado a conocer, en el campo de la filosofía, declinaciones del concepto de archivo que han incidido sobre el modo en que el historiador

---

<sup>1</sup> El epistolario personal de Américo se inicia con una carta enviada por él a sus padres el 1° de mayo de 1929, a poco de ingresar al Seminario de Guadalupe, si bien el acervo contiene dos cartas previas (del 23 de junio de 1928 y del 27 de enero de 1929), escritas por familiares a su padre, Pablo Tonda.

<sup>2</sup> El Grupo de Estudio Escrituras y Representaciones del Pasado (GEREP), quedó formalmente constituido el 6 de setiembre de 2018 por acuerdo del Consejo Directivo de la Unidad Ejecutora en Red (UER) IDEHESI CONICET, en el Nodo IH/Instituto de Historia.

<sup>3</sup> Esta investigación se enmarca en el Proyecto PRIJUR 2019-2022 de la Facultad de Derecho y Cs. Sociales del Rosario: "Actores y proyectos culturales del catolicismo en Rosario. Juristas, saberes intelectuales y enseñanza universitaria, 1959-1972", dirigido por María Gabriela Micheletti.

<sup>4</sup> Nos referimos, entre otros, a los trabajos de Ignacio Peiró (2001), Jeremy D. Popkin (2005) y Jaume Aurell (2014).

construye su objeto, en las condiciones epistemológicas en las que se da el conocimiento histórico, así como en las prácticas de la historia. Las modulaciones que dieron lugar a estas discusiones se pueden filiar en los años sesenta con la publicación de Michel Foucault (1966), *Les Mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*; años después, Paul Ricoeur (1985) dio a conocer *Temps et récit*; apareció luego el difundido texto de Jacques Derrida (1995), *Mal d'archive. Une impression freudienne*. Y quizás el aporte más reciente en torno a la noción de archivo es el que propone Giorgio Agamben en *Quel che resta di Auschwitz. L'archivio e il testimone*, disponible desde el año 1998. Si bien cada una de las obras mencionadas ofrece planteos filosóficos originales, es posible reconocer como propósito aglutinante -de consecuencias prácticas en las labores del historiador- el de *deconstruir* el concepto clásico de archivo. Los autores advierten que la existencia del archivo está sometida al *lógos* (razón) y que existe un guardián, un *archónte*. La presencia de una instancia de autoridad se presenta, pues, como una condición *sine qua non* de su existencia, de modo que para que haya archivo es necesario un lugar sometido a una autoridad. En la misma línea concuerdan en que en el archivo la memoria es reemplazada por un dispositivo documental que se estabiliza e impone sus formas. Pero, quizás, el planteo que más influjo ha tenido en la historiografía contemporánea es el que argumenta que el acto de archivar es indisoluble de la selección y, por ello, del olvido y de la destrucción. El concepto *derridiano* de "pulsión de archivo" refiere, pues, no sólo el movimiento irresistible para conservar las huellas, sino para dominarlas e interpretarlas. De modo que el archivo contiene silenciosamente un diseño, un orden o una imposición de una memoria cultural en o a una comunidad. Y remite tanto al origen o principio de las cosas como al orden, el mando y la autoridad que de allí emanan.

Tal como expresa Arlette Farge (1991), la lectura de un archivo "produce una sensación de realidad que ningún impreso, por desconocido que sea, puede suscitar":

El impreso es un texto, entregado al público intencionadamente. Está organizado para ser leído y comprendido por numerosas personas; intenta anunciar y crear un pensamiento, modificar un estado de cosas con la exposición de una historia o de una reflexión. (...) está cargado de intención; la más simple y evidente de las cuales es la de ser leído por los demás.

Nada tiene que ver con el archivo; huella en bruto de vidas que de ningún modo pedían expresarse así (...) (p. 10).

El archivo es ese "caleidoscopio" de imágenes del pasado, cuyo sentido está lejos de ser unívoco (Farge, 1991, p. 73). Asomarnos a un archivo personal, bucear en el epistolario de alguien, implica disponernos a leer textos que no nos "habían previsto como lectores o destinatarios", pero que "contaban con destinatarios muy concretos y determinados" (Gimeno

Blay, 2012, pp. 287-288). De ahí esa carga subjetiva e íntima, y esa “tensión entre lo privado y lo público” que se esconde en el mismo acto de la escritura (Gimeno Blay, 2012, p. 291). Especie de “trampa” tendida a los que de esta se han servido:

Sin embargo, quién escribe no siempre tiene presente que su texto puede ser leído por el gran público. Tal vez no se es lo suficientemente consciente que la escritura traslada los textos al exterior, hace público y notorio. Así las cosas, la escritura, *per se*, resulta comprometida: detiene y da a conocer; tiende un lazo de unión entre lo privado y lo público (Gimeno Blay, 2012, p. 293).

Y continúa Francisco Gimeno Blay (2012): “Esta pervivencia y su proyección en el tiempo hace posible que alguien en el futuro decida publicar lo que su autor consideró una experiencia textual completamente privada” (p. 24). Privilegio de los historiadores, este de sumergirse en la intimidad de los textos privados para transformarlos en fuentes de conocimiento histórico. Los epistolarios, las autobiografías, las memorias, como así también los manuscritos de autor, actúan a la manera de “yacimientos arqueológicos” y reflejan la relación creativa que el autor establece con su propio texto. Correcciones, tachaduras, enmiendas, a las que el paso por la imprenta ha escondido, salen a la luz en estas escrituras privadas (Gimeno Blay, 2012, pp. 302-303).

Atendiendo a este fondo conceptual, un archivo personal se puede asumir como una elaboración autobiográfica de su productor y no exclusivamente como fuente o como una cantera de datos a explotar por la cantidad y la originalidad de la información que contiene para la investigación, es decir, establece una precaución metodológica ante el uso excesivamente documentalista de los materiales de archivo (Durán López, 2002; Pagliai, 2013).

Los archivos personales o “archivos de sí”, en palabras de Philippe Artières y Dominique Kalifa, han sido también objeto de consideraciones sobre su naturaleza y sus usos. A inicios de este siglo, Artières y Kalifa (2012/2013) ofrecieron un repaso de la historiografía contemporánea a partir del lugar que en ella ocuparon los archivos personales y las fuentes autobiográficas. Argumentaron que el estatus y el uso de los archivos personales en la investigación histórica continuaba siendo problemático y discutido puesto que, mientras para algunos los archivos personales “mantienen con lo verídico una relación siempre equívoca”, para otros, a la inversa, constituyen “un material privilegiado, a veces único, para aprehender ‘lo infraordinario’, para captar las emociones, las sensibilidades y las representaciones sociales, para restituir las experiencias en toda su discontinuidad (o, por el contrario, para captar las tentativas de su reorganización y reescritura)” (p. 8). Los autores concluían:

Unas veces ponderados, otras veces devaluados, el inmenso y a veces indelimitable mundo de los archivos personales (correspondencias, diarios íntimos, memorias,

autobiografías), (...) diferentes por su naturaleza, pero cuya puesta en práctica y uso histórico revisten preocupaciones similares, no ha cesado de interpelar al historiador (Artières y Kalifa, 2012/2013, p. 8).<sup>5</sup>

No obstante, parece existir acuerdo en que los archivos personales son únicos, puesto que son el resultado de las actividades de su productor, de allí las dificultades para hablar de ellos en términos generales o para acordar una clasificación estandarizada (Pulgarín Gallego, 2017).

La problematización del concepto y del uso del archivo en la teoría contemporánea de la historia y en la historiografía ha tenido su correlato en Argentina. Fernando Devoto (2019) ha producido un recorrido ejemplar sobre las experiencias de historiadores, desde Leopold Von Ranke y Benedetto Croce hasta Carlo Ginzburg y François Hartog, con el propósito de afinar sobre el lugar del archivo y el de su productor, sea el Estado o los particulares. Lila Caimari (2018) se ha posado en la noción de archivo desde su experiencia personal y propugna que se lo sitúe como un “momento de creación” en el desarrollo de una investigación histórica. Algunos temas derivados de los presupuestos de Jacques Derrida, en particular el de la deconstrucción freudiana de la noción de archivo, ha sido examinado en profundidad por Omar Acha (2010). Y Roberto Pittaluga (2005/2006) ha compartido un cuadro general -y melancólico, podríamos agregar- sobre los archivos en Argentina y las políticas públicas concernientes al acceso y a los usos pedagógicos.

El estudio del entramado compuesto por el mundo de los archivos personales de los historiadores (cartas, diarios íntimos, autobiografías) y su producción histórica nos supuso también reflexionar sobre la potencialidad de la escritura epistolar para los estudios sobre la historia de la historiografía; es decir, si el concepto de “obra histórica” refiere exclusivamente a aquella producción intelectual del historiador que vio la luz de la imprenta, o bien, si hemos de incluir en dicha noción a aquellos escritos que integran su archivo personal. En la misma línea cabe preguntar acerca del lugar que ocupan las investigaciones dedicadas a analizar la correspondencia intelectual entre historiadores en los estudios sobre los procesos de escritura de la historia. Algunas claves en esa dirección se nos ofrecen en la introducción que preparó Alexandra Walsham (2017) a la publicación, en *Past & Present*, de “*Rough Music and Charivari: Letters Between Natalie Zemon Davis and Edward Thompson, 1970-1972*”, intercambio epistolar de estos dos historiadores mientras investigaban, en forma paralela, los movimientos sociales llamados *charivari* en Francia e Inglaterra. Walsham sostiene que el estudio de ese tipo de material revela aspectos distintos a los que nos ofrece la historiografía -en ocasiones, extremadamente dependiente de los textos publicados-. En primer lugar,

---

<sup>5</sup> El texto de Philippe Artières y Dominique Kalifa (2002), titulado “L’historien et les archives personnelles: Pas à pas”, publicado originalmente en *Sociétés & Représentations*, ha sido traducido del francés y publicado por Adriana Petra en *Políticas de la Memoria* (2012/2013).

permiten comprender el mecanismo en que se desarrollaban las redes académicas en una etapa previa a internet. En segundo lugar, facilitan conocer más sobre cómo se articulaban las distintas escuelas historiográficas y el pensamiento histórico de sus integrantes. También, el contexto histórico en el que se produjo el intercambio Zemon Davis-Thompson, durante los años inmediatos a los movimientos estudiantiles originados en 1968, y que está presente en las cavilaciones intercambiadas por los corresponsales, resulta un aspecto clave a la hora de explicar las transformaciones metodológicas de los años 1970 y 1980 con la difusión de la historia social y cultural.<sup>6</sup>

La publicación en *Past & Present* del intercambio epistolar entre dos de los historiadores más influyentes del siglo XX puede ser vista como muestra del reposicionamiento que ha merecido la correspondencia privada en investigaciones sobre la escritura de la historia, y refleja el “giro a la subjetividad” experimentado en las últimas décadas por las ciencias sociales (Fernández Cordero, 2013/2014); significa, pues, apostar a una concepción de la historia según la cual cada individuo ha dejado una huella que amerita ser explorada. La vía de los epistolarios conduce a esas conversaciones mantenidas a la distancia por un individuo a lo largo de su experiencia vital. Espacio privilegiado de expresión personal, la carta desnuda el alma. En épocas en las que no existían alternativas para la comunicación en caso de ausencia del interlocutor, la carta era el medio insustituible para mantener la relación. Cuando los interlocutores son hombres de letras o de pensamiento -intelectuales, en el uso genérico del término- la correspondencia permite reconstruir el mapa de las relaciones intelectuales, así como también las vías de circulación y distribución de los textos dirigidos a la esfera pública (Myers, 2014/2015), y hace visible el vínculo estrecho entre vida y escritura (Batticuore, 2018). En estos casos, además de los pormenores de la vida cotidiana, las cartas se detienen en cuestiones relacionadas con el estudio y el oficio de escribir, y sirven para delimitar un territorio, el de la República de las Letras, en el que sólo algunos son admitidos para ese diálogo intelectual a distancia, lo que contribuye a cohesionarlos como grupo. Las consultas sobre la profesión, la solicitud de información y de materiales, el intercambio de obras y de comentarios acerca de estas, demarcan un ámbito al que solo acceden algunos entendidos, que se reconocen mutuamente como tales (Álvarez Barrientos, 2013).

### **La correspondencia de Américo Tonda como taller de escritura de la historia: una aproximación**

Como hemos apuntado al inicio de este trabajo, el acervo epistolar de Américo Tonda está compuesto por aproximadamente 2325 piezas epistolares, comprendidas entre los años

---

<sup>6</sup> También es ejemplar, en cuanto a su potencialidad para los estudios sobre la correspondencia entre historiadores, la publicación de la que intercambiaron Marc Bloch y Lucien Febvre (Müller, 1994-2003).

1928 y 1983. La primera carta está fechada el 23 de junio de 1928, y dirigida a Pablo Tonda -padre de Américo- por un tío de éste; la última fue remitida por Roque Favale, director de la imprenta de la Universidad Nacional del Litoral que tenía a cargo la edición de la obra sobre el Deán Funes, y está fechada el 22 de diciembre de 1983, once días antes del fallecimiento de Tonda. La cifra de 14 cartas correspondientes a los años 1928-1929, en su mayoría remitidas por Américo a integrantes del grupo familiar, contrasta con el progresivo aumento del tráfico epistolar durante las décadas siguientes: 408 entre 1930 y 1939, 434 entre 1940 y 1949, 527 cartas entre 1950 y 1959, 236 cartas entre 1960 y 1979, 370 cartas entre 1970 y 1979, y 336 cartas en el trienio comprendido entre 1980 y 1983. El epistolario hace visible la ampliación de correspondencias y la diversificación de la red de intercambios desde los años cuarenta, al ritmo de la preparación y de la publicación de sus trabajos históricos.

Fue Tonda quien se tomó el trabajo de acopiar las piezas epistolares, así como la demás documentación personal, como parte de un proyecto archivístico que conservara y plasmará su memoria y experiencia vital. La existencia en el Fondo, no únicamente de las cartas que le fueron remitidas, sino también de las que él mismo había enviado a su familia, así como de las intercambiadas por otros miembros de su familia entre sí, dan cuenta de ese propósito. Resulta evidente que esta “pulsión de archivo”<sup>7</sup> data del mismo momento de su génesis, y queda demostrada, por ejemplo, en las continuas apelaciones a su familia, en la etapa de juventud, tanto para que le escribieran de manera extensa, como para que guardasen los “papeles” -es decir, las cartas- que él mismo les enviaba, “porque serán siempre lindos”.<sup>8</sup>

El estudio de las características del acervo epistolar de Tonda -tipologías, dinámica, funciones y temáticas- supuso avanzar en la construcción de un mapa de la historia familiar, llenar los vacíos correspondientes a sus años de formación intelectual y realizar una cartografía que nos devolviera la robusta red de correspondencias.

Provisoriamente, hemos identificado cuatro etapas epistolares que jalonan la vida intelectual de Américo Tonda. Así, la primera etapa, o formativa y de la primera juventud (1929-1939), se inicia con su ingreso al Seminario de Santa Fe en 1929, y comprende también los años de estudio en Roma a partir de 1935.<sup>9</sup> La segunda etapa, o de comienzo de la labor historiográfica (1939-1958), abarca la ordenación sacerdotal en 1941, la defensa de la tesis doctoral sobre el deán Gregorio Funes en 1946, la publicación de las primeras obras de carácter

<sup>7</sup> Derrida (1997) y Artières y Kalifa (2012/2013). Problematizaciones también recientes en los trabajos expuestos en las Jornadas sobre Archivos Personales convocadas por el CEDINCI, *Los archivos personales: prácticas archivísticas, problemas metodológicos, usos historiográficos*, 2017.

<sup>8</sup> Carta de Américo Tonda a padres y hermanos, Roma, 4 y ss. (20) de diciembre de 1935, Carpeta 1935, y de Américo a sus padres, Roma, 6 de noviembre de 1936, Carpeta 1936. Sección Correspondencia (SC), Fondo Américo Tonda (FAT). Biblioteca Central Rosario, Universidad Católica Argentina (BCR-UCA), Rosario, Argentina.

<sup>9</sup> Un estudio previo sobre la correspondencia juvenil de Américo Tonda puede encontrarse en: Brezzo, Micheletti, Di Marco (2019). Su lectura ayuda a conocer, con mayor detalle, el contexto histórico en el que se produjeron los intercambios epistolares y la visión tamizada de este que nos devuelven las cartas.



historiográfico, y el ejercicio de la docencia y, luego, del rectorado en el Seminario conciliar de Santa Fe. En la tercera etapa (1958-1970), el sacerdote se proyecta como historiador de la historia de la Iglesia argentina, ahondando en las relaciones entre el Estado y la Santa Sede durante la primera mitad del siglo XIX, para lo que resulta fundamental una estancia en Roma, entre 1958 y 1960. La etapa se cierra con un ciclo de decanato en la Universidad Católica de Santa Fe, entre 1964 y 1970. La cuarta y última etapa epistolar (1970-1983) es la de su desempeño en Rosario y su vinculación al Instituto de Historia, en las facultades de la Universidad Católica Argentina con sede en esta ciudad. El sacerdote historiador se aboca al análisis de cuestiones histórico-teológicas, como son las relaciones entre los poderes temporal y espiritual, y entre el Papa y los obispos en distintas épocas, así como a la síntesis de sus enseñanzas impartidas a sus alumnos. Tras años de estudio sobre figuras claves del devenir religioso y político de la Iglesia en Argentina, se decide a dar a la imprenta su tesis sobre el deán Gregorio Funes. Por último, las pesquisas sobre Félix Frías lo llevan a Chile, en donde fallece el 2 de enero de 1984.

Los orígenes sencillos, en el seno de una familia inmigrante italiana dedicada a las faenas agrícolas en una pequeña localidad de la provincia de Santa Fe -Fidela-, se traducen en las cartas de los primeros años, en una costumbre que se mantendrá por el resto de su vida: la letra apretada, llenando todo hueco disponible, incluso de los márgenes de las hojas, buscando ganar espacio en un papel excesivamente caro luego de la crisis de 1930. Como Américo ingresa el 30 de marzo de 1929 al Seminario Conciliar de Santa Fe Nuestra Señora de Guadalupe -con tan solo doce años, y luego de haber pasado ya algunos meses pupilo en el colegio salesiano Nuestra Señora del Rosario de Vignaud-, las referencias a los cimbronazos de la crisis y a las penurias domésticas son usuales en las cartas de la primera etapa, como así también a las alternativas políticas que abre el golpe de Estado del general José F. Uriburu.<sup>10</sup> Una densa red familiar se delinea a través de las cartas que se intercambian los Tonda entre el Seminario y media decena de poblados desparramados por la campaña santafesina y cordobesa, y en ese ir y venir de cartas palpita la vivencia de una fe católica firme y una gran confianza en Dios, que fructifica en las tres vocaciones religiosas de los hijos de Pablo Tonda y Teresa Giay.<sup>11</sup> Algunas personas se destacan como guías espirituales, que dejan marcas indelebles en la vida de Américo. Así ocurre con el cura vicario de San Martín de las Escobas, Juan A. Aimini, partícipe en la decisión del ingreso al Seminario e, incluso, colaborador pecuniario de su carrera,<sup>12</sup> cuyas cartas lo alientan en la vocación sacerdotal. La convicción en el estilo de

<sup>10</sup> Carta de Pablo y Edmundo Tonda a Américo Tonda, Pueblo Marini, 27 de abril de 1930, Carpeta 1930, y Cartas de Américo a Pablo Tonda y familia, Guadalupe, 29 de junio, 20 de agosto y 12 de noviembre de 1931, Carpeta 1931. SC, FAT. BCR-UCA.

<sup>11</sup> Américo Tonda se ordenó como sacerdote diocesano de Santa Fe en 1941, mientras que su hermano Edmundo lo hizo como redentorista; su hermana Celina, bastante menor, también se consagró a la vida religiosa.

<sup>12</sup> Cartas de Juan A. Aimini a Américo Tonda, San Martín de las Escobas, 21 de septiembre y 21 de octubre de 1935, Carpeta 1935, 12 de agosto de 1936, Carpeta 1936, y 19 de junio de 1937, Carpeta 1937. SC, FAT. BCR-UCA.

vida elegido resalta nítida desde el principio, en las cartas que Américo escribe a sus padres: "Tenemos que estudiar mucho, pero Dios nos da sus gracias para poder aprender lo que no sabemos. Esta es siempre mi alegría porque sé que si Dios me llamó para el Seminario me dará todo lo que necesito para continuar en él."<sup>13</sup> La inclinación para las tareas intelectuales se va perfilando desde los comienzos, y las cartas revelan la afición al estudio, la dedicación para la época de los exámenes, en los que se esmera por obtener las máximas calificaciones, y el claro progreso en la expresión escrita y en la adquisición de conocimientos, que lo preparan para una vida volcada a la actividad académica. En el Seminario, alterna el estudio y la formación para el sacerdocio con la escritura de poesías, participa en representaciones teatrales y da a conocer sus primeras publicaciones, en la humilde revista *Guadalupe*.

También, a través de sus cartas, el seminarista Américo va dando cuenta de los cambios que se van produciendo en la Iglesia santafesina y, tras el fallecimiento de monseñor Juan Agustín Boneo, en 1932, plasma sus primeras impresiones acerca de la asunción del nuevo obispo, monseñor Nicolás Fasolino,<sup>14</sup> que se convertirá en una figura clave para delinear el futuro de Tonda, como hombre dedicado al estudio y a la investigación.

En agosto de 1935, una carta interrumpe la cotidianeidad del relato de la vida en el seminario y revela el momento personal intenso que atraviesa el joven de diecinueve años, al conocer el propósito del arzobispo Fasolino de enviarlo a estudiar a Roma: "Queridos padres: Tengo que escribir esta carta con mano trémula. No pensaba escribirla, pero las circunstancias me obligan a ello. Esta misma noche me llamó el arzobispo y me anunció sencillamente que tenía que ir a Roma". El viaje a Roma constituye un parteaguas en la vida hasta entonces comarqueña de Américo Tonda, y sirve para definir su inclinación por los libros, estimulado por un obispo que ha percibido sus potencialidades: "Me dijo él mismo que les escribiera esta noche y que les dijera que él quiere que yo vaya. Me dijo además que allá procurara estudiar y que volviese con el título de doctor (...) Así pues, espero que contesten pronto y que digan que sí, que a mí me gusta mucho estudiar."<sup>15</sup> Otra carta, más o menos contemporánea, escrita esta vez por monseñor Fasolino, resulta fundamental para conocer el aprecio y las expectativas depositadas en el joven seminarista, y brinda el dato de que los estudios en Roma fueron costeados, en parte, gracias a una media beca abonada por un amigo del arzobispo, un importante comerciante de Buenos Aires. Evidencia de una preocupación personal de Fasolino por conseguir fondos para la formación de un seminarista de escasos recursos, pero prometedor en cuanto a su proyección intelectual, tal como lo expresa la afectuosa frase con la que se cierra la carta: "Además quiero decirle en dos palabras todo lo que espero de Ud.;

<sup>13</sup> Carta de Américo a Pablo Tonda y familia, Guadalupe, 3 de julio de 1929, Carpeta 1928-1929. SC, FAT. BCR-UCA.

<sup>14</sup> Carta de Américo a padres y hermanos, Guadalupe, 19 de enero de 1933, Carta 1933. SC, FAT. BCR-UCA.

<sup>15</sup> Carta de Américo Tonda a sus padres, Guadalupe, 20 de agosto de 1935, Carpeta 1935. SC, FAT. BCR- UCA.

que mi buen padrecito Tonda, vuelva hecho un sacerdote santo y sabio, para ser materia e instrumento apto para servir a Dios, en unión a su Obispo.”<sup>16</sup>

Viaje iniciático que marca el fin de la niñez y la adolescencia, Roma le abre a Américo un universo hasta entonces desconocido: la proximidad a las más altas jerarquías eclesíásticas y la posibilidad de participar en importantes ceremonias en la Santa Sede,<sup>17</sup> la vida estudiantil en el Pontificio Colegio Pío Latino Americano, que enriquece el número y la variedad de las amistades, la asistencia regular a los cursos de la Universidad Gregoriana en la que recibe clases de destacados especialistas, así como el contacto con la realidad europea previa a la segunda guerra mundial, en una Italia en la que palpita el ciclo ascendente del fascismo.<sup>18</sup> Finalmente, el agotamiento por las exigencias del estudio y el agobio por problemas de salud aceleran en abril de 1939 un precipitado regreso a la Argentina, con el doctorado inconcluso, en una decisión inconsulta que parece haber contrariado en algo a monseñor Fasolino.<sup>19</sup>

La estancia en Roma ha resultado fundamental, de todos modos, para definir y cimentar su vocación por la Historia, y deja sus primeros frutos. Su aptitud para esa disciplina se afirma frente a los exámenes rendidos en la Gregoriana, tal como explica jocosamente en carta a su familia: “Primero comenzaré diciendo que ya me llegó la nota de Historia, cuyo examen presenté el 27 de mes pasado. La nota fue diez, porque (como ustedes ya saben y no es necesario que yo se los diga) soy un coloso en cuestión de Historias y cuentos. Así que no puedo menos de sacarme una buena nota.”<sup>20</sup>

Al cursar el último año de Teología, Américo inicia la preparación de un trabajo sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Es la primera noticia que tenemos de su interés por las ideas teológicas del deán cordobés Gregorio Funes (1749-1829). Al inicio de la investigación tiene ocasión de dialogar con el padre Pedro de Leturia SJ, estudioso de la historia de las relaciones entre la Santa Sede y los nacientes estados hispanoamericanos luego de las independencias, fundador de la Facultad de Historia Eclesiástica de la Universidad Gregoriana y conocedor de los archivos vaticanos (Batllori, 1979, pp. 161-163).<sup>21</sup> Tonda subrayaría años después, en una frase de gran valor historiográfico estampada en un apunte de carácter autobiográfico, la importancia de ese encuentro para la futura orientación de sus trabajos históricos:

---

<sup>16</sup> Carta del arzobispo de Santa Fe Nicolás Fasolino a Américo Tonda, Santa Fe, 23 de octubre de 1935, Carpeta 1935. SC, FAT. BCR-UCA.

<sup>17</sup> Carta de Américo a padres y hermanos, Roma, 4 y ss. (6) de diciembre de 1935, Carpeta 1935. SC, FAT. BCR-UCA.

<sup>18</sup> Carta de Américo a padres y Celina, Roma, 10 de octubre de 1936, Carpeta 1936. SC, FAT. BCR-UCA.

<sup>19</sup> Carta de Américo a padres y Celina, Roma, 14 de abril de 1939, Copia de carta de Américo Tonda [al arzobispo Fasolino], s/f, y Carta del arzobispo Nicolás Fasolino a Américo Tonda, Roma, 26 de mayo de 1939, Carpeta 1939. SC, FAT. BCR-UCA.

<sup>20</sup> Carta de Américo a padres y Celina, Roma, 18 de marzo de 1937, Carpeta 1937. SC, FAT. BCR-UCA.

<sup>21</sup> La historiografía americanista del historiador jesuita Pedro Leturia se ensancharía en los años treinta, en coincidencia con la permanencia de Tonda en Roma, con la publicación de obras como *La emancipación hispanoamericana en los informes episcopales a Pío VII: copias y extractos del archivo vaticano* (1935).

Estando yo en cuarto año de Teología tuve la satisfacción de que el padre Leturia me recibiera en su habitación atestada de libros. Me había llevado la curiosidad de saber si en Roma abundaba la documentación alusiva al Deán Funes. Por ese tiempo yo estaba haciendo un trabajo práctico, mi tema versaba sobre los principios eclesiástico-políticos del Deán Funes.

La elección del tema, a indicación del padre Leiber, me introdujo en el mundo del Deán Funes, a la vez de la Teología y de la Historia, pues el punto focal de mi estudio se concentraba en las ideas teológicas del doctor cordobés, su ortodoxia y heterodoxia. Este trabajo no lo hubiera podido realizar en Roma, donde, como me había anticipado el padre Leturia, la documentación argentina era escasa, pues desde 1810 nuestro país se había mantenido incomunicado con la Santa Sede.

Esta orientación primera de mis estudios, la conjunción de la Teología y la Historia señaló la pauta de mis ulteriores investigaciones (Martínez, 1987, p. 450).

Esta anotación nos habilita a sostener que el intercambio con Leturia afirmó su decisión de adoptar a la eclesiología del Deán Funes como objeto de su primera monografía histórica. Pocos meses después de ese encuentro, con el regreso a Argentina, puede considerarse concluida la primera etapa del trayecto epistolar juvenil de Américo Tonda.

La segunda etapa del epistolario (1939-1958) coincide con los comienzos de la vida sacerdotal y de la labor historiográfica, y en ella ven la luz las primeras obras. Según refleja el epistolario, el regreso al país es seguido de un período de reacomodamiento, en el que Américo debe resolver cómo reencauzar sus estudios. Para ello, realiza diligencias en simultáneo: a través de un compañero chileno del Pío Latino, ante las autoridades de la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Chile, en una posibilidad que al final no se concreta; y ante los superiores del Colegio Máximo de San Miguel de los jesuitas (provincia de Buenos Aires), en donde obtiene en junio de 1940 la Licenciatura en Teología. Luego de esto, monseñor Fasolino lo anima a continuar con los cursos correspondientes al doctorado, ayudándolo a tramitar ante las autoridades de la Universidad Gregoriana el traslado del expediente académico.<sup>22</sup> Instalado en el Seminario bonaerense ubicado en Villa Devoto, da impulso a su tesis doctoral, en dos decisiones que gozan de la aprobación de su obispo.<sup>23</sup> Las cartas del bienio 1940-1941 permiten cartografiar las relaciones intelectuales que comienza a tejer con estudiosos de la historia religiosa, como Rómulo Carbia. En enero de 1941 tienen lugar la ordenación sacerdotal y la celebración de la primera misa, acontecimientos que Américo y sus padres organizan con esmero y que reúnen a familiares y amigos.<sup>24</sup>

<sup>22</sup> Carta de Nicolás Fasolino a Américo Tonda, Santa Fe, 29 de junio de 1940, Carpeta 1940. SC, FAT. BCR-UCA.

<sup>23</sup> Carta de Nicolás Fasolino a Américo Tonda, Santa Fe, 1 de julio de 1940, Carpeta 1940. SC, FAT. BCR-UCA.

<sup>24</sup> Cartas de Américo Tonda a sus padres y hermana Celina, Guadalupe, 21 y 29 de diciembre de 1940, Carpeta 1940, y 18 de enero de 1941, Carpeta 1941. SC, FAT. BCR-UCA.

Ya ordenado, el progreso en los trabajos doctorales lo lleva a tomar contacto con el sacerdote historiador Guillermo Furlong, quien, poco antes, había publicado la *Bio-bibliografía del Deán Funes*. Este encuentro despertó una relación de “simpatía intelectual”, según rememoraría Tonda más adelante, alentada por el interés común sobre la figura de Funes y, luego, a través de espacios de actuación profesional compartidos, como la Junta de Historia Eclesiástica Argentina y la revista *Archivum*.<sup>25</sup>

En las cartas se hace patente el permanente estímulo de Fasolino para la concreción de la tesis, algunos de cuyos capítulos en preparación, el arzobispo de Santa Fe lee y comenta. Es Fasolino, también, quien recomienda presentar, con discreción, alguna pequeña sección de la investigación en un próximo congreso de historia, pero sin dar “a conocer su trabajo desde ahora, pues sería juzgado antes de tiempo y mal. Guarde el trabajo entero y en su secreto para el examen; después habrá tiempo para darlo a conocer.”<sup>26</sup> A sus instancias, Tonda envía una ponencia a Francisco Silva, responsable de la filial en Córdoba de la Academia Nacional de la Historia y secretario del Congreso de Historia Argentina del Norte y del Centro. Merece la pena atender a los términos en los que Tonda presenta su trabajo:

En él fustigo, en parte, al patricio cordobés. Le confieso, francamente, que, si cree no oportuna su presentación, por tratarse, como lo supongo, de un ambiente *funesiano*, no lo presente. A pesar de ello, me atrevo a enviárselo porque creo demostrar lo que me propongo, sin ánimo de zaherir al prócer y además tengo para mí que un congreso de historia debe oír la verdad, cuando está respaldada por documentos inobjectables.<sup>27</sup>

La carta presagia las controversias que, en efecto, provocará su trabajo, y devela cierta indecisión del historiador, que entiende que los resultados de su investigación podrían enfrentarlo a la visión elogiosa que prevalecía sobre el deán cordobés. A través de un riguroso análisis documental, Tonda acomete su propia lectura del pensamiento eclesiológico de Funes. Hace foco en nudos principales, como el dictamen favorable al patronato en el nuevo orden político y el apoyo a la reforma eclesiástica rivadaviana, para concluir acerca de su desapego al papado y “sus preferencias jansenistas” (Llamosas, 2011, p. 57).

Entre tanto, el epistolario hace visible, para esas fechas, un notorio y progresivo cambio en lo concerniente a los corresponsales. Si bien los intercambios con integrantes de su familia se mantienen constantes, predomina ahora la conversación a distancia con distintos interlocutores sobre temas intelectuales, como, por ejemplo, con el sacerdote historiador Avelino Gómez Ferreyra, uno de sus excompañeros en la Universidad Gregoriana. También

<sup>25</sup> Años después, Tonda (1979) le dedicaría a Furlong el trabajo en *Archivum*, “El padre Furlong y sus estudios funesianos”.

<sup>26</sup> Carta de Nicolás Fasolino a Américo Tonda, Santa Fe, 15 de agosto de 1941, Carpeta 1941. SC, FAT. BCR-UCA.

<sup>27</sup> Carta de Américo Tonda a Francisco Silva, Buenos Aires, 13 de setiembre de 1941. SC, FAT. BCR-UCA.

aparecen en el epistolario referencias a la amistad de Tonda con el filósofo Juan Carlos Zuretti, quien se halla preparando una *Historia Eclesiástica Argentina* que publicará en 1945,<sup>28</sup> y con el filósofo sacerdote Ismael Quiles, quien le envía *La persona humana* -un libro editado en 1942- bajo la promesa de publicar una reseña bibliográfica.<sup>29</sup> De este modo, las cartas muestran una ampliación de la red de relaciones epistolares de Tonda en un contexto historiográfico en el que si bien aún existía cierta despreocupación por distinguir, en el análisis histórico, el orden natural y el sobrenatural, la política y la religión, la historia y la teología, era ya visible un impulso creciente por el estudio y la enseñanza de la historia de la Iglesia por parte del episcopado (Auza, 1986, pp. 62-69). Como expresiones de esa trama se pueden mencionar las publicaciones de las obras del primer Obispo de Mendoza, Monseñor José Aníbal Verdaguer, *Historia Eclesiástica de Cuyo* (1931-1932) y la de Monseñor Pablo Cabrera, *Historia Eclesiástica de Tucumán* (1939). Asimismo, un primer jalón en el proceso de institucionalización de la práctica de la historia religiosa estuvo a cargo del obispo Vergara, que propuso en 1938 la creación de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina, una iniciativa que se concretó cuatro años después a instancias del cardenal Santiago Luis Copello. La producción histórica de integrantes de la jerarquía eclesiástica fue convergente, a su vez, con el quehacer de historiadores laicos proclives a introducirse en el campo de la historia religiosa y, dentro de ella, de la historia de la iglesia, entre los que corresponde mencionar precisamente a Rómulo Carbia, corresponsal de Tonda, así como también a José Antonio Segura, que publicó la *Historia Eclesiástica de Entre Ríos* en 1952 y al historiador jujeño Miguel Ángel Vergara, que en 1953 dio a conocer *Estudios de Historia Eclesiástica de Jujuy*.

En julio de 1942, Tonda se encuentra ya instalado en el Seminario de Santa Fe, en calidad de profesor de Filosofía. Poco después, ensaya una primera divulgación de su investigación sobre el Deán Funes, a través de dos artículos publicados en 1943 en *Archivum*, la Revista de la Junta de Historia Eclesiástica, los que sirven para hacer realidad los presagios sobre la recepción que tendría su estudio. El editor de *Archivum*, Gómez Ferreyra, le explica:

Su anterior artículo ha provocado la estúpida queja de un pobre diablo, a quien no vale la pena nombrar, y que le transcribo...Reza así el panfleto: El P. Avelino Ignacio Gómez quiere adelantar su obra de impugnación al Deán Funes: lo hace con espíritu de propagandista; quiere conquistar adeptos. Ha logrado ya que un Pbro. Tonda (de Santa Fe), publique en la nueva revista eclesiástica de historia un trabajo destinado al descrédito del ilustre Deán. El caso de un clérigo injuriando (¡sic!) a otro clérigo es por demás curioso y escandaloso. Pero lo que sube los tonos de este episodio

<sup>28</sup> Carta de Víctor Hugo Quiroga a Américo Tonda, Buenos Aires, 4 de enero de 1943, Carpeta 1943. SC, FAT. BCR-UCA.

<sup>29</sup> Carta de Mario Ruiz a Américo Tonda, San Miguel, 4 de febrero de 1943, Carpeta 1943. SC, FAT. BCR-UCA.

es la consideración de que los Funes (Gregorio y Ambrosio) fueron amigos fieles y operantes de la Compañía de Jesús en la adversidad de la Orden, cuando los pusilánimes pusieron de relieve su cobardía y alma cesárea (sic). Hasta aquí el informe de marras. Usted ve que se refuta por sí mismo, porque ese argumento de la amistad jesuítica del Deán es tan pueril que no vale la pena ni siquiera enojarse. De modo que siga usted impertérrito en sus estudios sobre el Deán, como el perro grande que oye ladrar cusquitos a su alrededor...<sup>30</sup>

Américo Tonda seguirá, como un perro fiel, tras las huellas del Deán. En julio de 1946 presenta, ante el Colegio Máximo de la Compañía de Jesús de San Miguel, su tesis para optar al grado de Doctor en Teología, titulada *La ortodoxia del Deán Funes*, sustanciándose la defensa unos meses más tarde. Su investigación despierta la curiosidad de los especialistas en historia religiosa y comienza a depararle algunas satisfacciones, como la consideración de sus apreciaciones en un esfuerzo de revisión por parte de historiadores consagrados, como Furlong. Así se lo refiere su director de tesis doctoral, el sacerdote Avelino Gómez Ferreyra (Martínez, 1985, p. 26), en carta de septiembre de 1946:

Le he echado ya un vistazo general y aún no he comenzado a verla detenidamente, pues me la pidió el P. Furlong, quien tenía curiosidad de verla. Desde luego que no espera él ver confirmada su primitiva tesis sobre la grandeza de Funes... Y digo "primitiva" porque un día, con gran asombro mío, me dijo esta frase: "me estoy convenciendo que el Deán ha sido un hombre funesto para el país". Yo no acababa de creer a mis propios oídos, como usted puede figurarse...<sup>31</sup>

Las vacilaciones de Américo Tonda al momento de socializar los resultados de su investigación, debido a las conclusiones a las que arribaba, lo habrían conducido, de todos modos, a dilatar la publicación de su tesis doctoral.

Mientras, su derrotero intelectual lo conduce por nuevos rumbos y en 1947 solicita a fray Buenaventura Oro y a fray Jacinto Carrasco O.P. información sobre José I. Castro Barros, consiguiendo que el segundo le remita, además, su opúsculo *El congreso de Tucumán: Fr. Justo Santa María de Oro (sus cartas inéditas)*. La nota del fraile marca los dos caminos que a menudo se bifurcan para los hombres de vida consagrada -la acción pastoral o la actividad reflexiva e intelectual- y vislumbra cuál será, de ahí en más, la vida de este sacerdote historiador, dedicado a la investigación y a la docencia:

<sup>30</sup> Carta de Avelino Ignacio Gómez Ferreyra a Américo Tonda, Buenos Aires, 2 de septiembre de 1943, Carpeta 1943. SC, FAT. BCR-UCA.

<sup>31</sup> Carta de Avelino Gómez Ferreyra a Américo Tonda, Buenos Aires, 2 de septiembre de 1946, Carpeta 1946. SC, FAT. BCR-UCA.

Dichoso de ud. que tiene su tiempo para poder consagrarse a los estudios históricos (...)

Bueno, mi estimado amigo: me perdonará que recién le conteste, porque yo no dispongo de ese tiempo precioso, a que me refiero. Vivo en un país de misiones y donde hay que hacer de todo: de cura, sacristán, enfermero, confesor de beatas, doctrinero de Catecismo, misionero, etc. ¿Dígame en qué tiempo puede uno darse el gusto de pensar en la historia? (...)

Y bien, mi buen amigo: que Dios y la verdad lo acompañen en su empresa, y salga de ella airosamente, como siempre.<sup>32</sup>

En mayo de 1946 Tonda es designado miembro de número de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe, un ingreso facilitado por la pertenencia de Fasolino a esa corporación desde los primeros años de la institución. Durante los años que siguen, Tonda dedica esfuerzos a construir una biografía de Pedro Ignacio de Castro Barros que da a conocer en 1949, y que luego será reeditada en una versión completa de la vida del sacerdote de Chuquis, titulada *Castro Barros y sus ideas*, en 1961.

También publica, con sello de la editorial Castellví de Santa Fe, *Rivadavia y Medrano. Sus actuaciones en la Reforma Eclesiástica* (1952), *Don Félix Frías. El secretario del general Lavalle. Su etapa boliviana (1841-1843)* (1956) y la *Historia del Seminario de Santa Fe* (1957), institución en la que se había formado y en la que por esos años ejercería la docencia, llegando a ocupar el cargo de rector.

En la tercera etapa (1958-1970), el sacerdote se proyecta como historiador de la historia de la Iglesia argentina, ahondando en las relaciones entre el Estado y la Santa Sede durante la primera mitad del siglo XIX, para lo que resulta fundamental una estadía en Roma, entre 1958 y 1960, en la que profundiza estudios y recolecta valiosas fuentes. El año 1961 nuevamente lo encuentra en Roma, requerido para el dictado de un curso de Historia Americana.

Si bien no es posible aún, en el contexto de esta investigación, ofrecer adelantos firmes acerca de cómo incidió en Tonda la reorientación que produjo el Concilio Vaticano II (1962-1965) en su práctica de la historia, es posible comunicar algunos datos. En efecto, como es conocido, los documentos producidos por los padres conciliares propiciaron el desarrollo de una eclesiología basada en la autodefinición de la Iglesia como “pueblo de Dios” y, en ese contexto, el interés y la práctica de la historia hacia los temas religiosos se acrecentaron al integrarlos en su dimensión sociológica y cultural. De este modo la historia religiosa se despegó de la historia eclesiástica o historia institucional de la iglesia. Junto al interés *in crescendo* por el fenómeno religioso, el Concilio Vaticano II condicionó una práctica renovada de la historia en

---

<sup>32</sup> Carta de Fr. Jacinto Carrasco a Américo Tonda, Santiago del Estero, 7 de octubre de 1947, Carpeta 1947. SC, FAT. BCR-UCA.



un plano más profundo, al convertir los documentos conciliares, en corolario del proceso de desclericalización o secularización que había atravesado la Modernidad. Sin dejar de atender a la precaución mencionada, todo indica que las investigaciones que coronó Tonda durante los años sesenta se vieron asociadas al contexto conciliar, tanto los avances sobre el Deán Funes como la correspondiente a la reforma ejecutada por Bernardino Rivadavia, y la que reconstruye el proceso de la incomunicación entre la Iglesia argentina y la Santa Sede, cuyos resultados los da a conocer en los libros *El Deán Funes y la Reforma Rivadaviana* (1961) y *La Iglesia Argentina incomunicada con Roma (1810-1858). Problemas, conflictos y soluciones* (1964).

La etapa se cierra con un ciclo de decanato en la Facultad de Historia de la Universidad Católica de Santa Fe, a la que Tonda se incorpora en 1964 a instancias del historiador santafesino Leoncio Gianello, quien ocupa por entonces el cargo de vicerrector. La gestión termina con la renuncia de Tonda en 1970, a raíz de un conflicto interno.

La cuarta y última etapa epistolar (1970-1983) encuentra a Américo Tonda ya en Rosario, como docente en las facultades de la Universidad Católica Argentina. Tonda se dedicó en este período al estudio de nuevos temas que hacen foco en el clero durante el proceso de la emancipación política y de la organización nacional. Publicaciones en revistas especializadas de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba se combinan con las que son editadas por el Instituto de Historia, entre ellas, varias monografías, quince artículos en la revista *Res Gesta* y el libro *Del pasado cordobés y santafesino* (1977). El sacerdote historiador se aboca también al análisis de cuestiones histórico-teológicas, como son las relaciones entre los poderes temporal y espiritual, y entre el papa y los obispos en distintas épocas, así como a la síntesis de sus enseñanzas impartidas a sus alumnos en la cátedra de Teología en su *Por qué creo en la Biblia* (1980). Los resultados de las investigaciones sobre el clero durante la primera mitad del siglo diecinueve los recoge en los libros *Mariano Medrano. Su nombramiento de Vicario Apostólico en Buenos Aires* (1971) y *El obispo Orellana y la Revolución* (1981). Tras años de estudio sobre figuras claves del devenir religioso y político de la Iglesia en Argentina, se decide por fin a dar a la imprenta *El pensamiento teológico del Deán Funes*, editado en dos tomos por la Universidad Nacional del Litoral, en 1982 y 1984. Su trayectoria convierte a Tonda en miembro de número de la Academia Nacional de la Historia, en el año 1982.<sup>33</sup> Pocos meses más tarde, las pesquisas sobre Félix Frías en su etapa en Chile lo llevan a este país, en donde fallece el 2 de enero de 1984.

Las piezas epistolares correspondientes a esas dos últimas etapas que -en conjunto- comprenden los años 1958 a 1983, hacen visible la extensión de las redes académicas que

---

<sup>33</sup> Es designado como miembro numerario en la sesión del 14 de diciembre de 1982, sitial 34, vacante del cardenal doctor Antonio Caggiano. Se incorpora el 14 de junio de 1983, en una sesión pública en la que pronuncia una conferencia titulada "Vicente Fidel López en el Liceo Santiaguino". Véase *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, LVI-LVII (1983/1984), pp. 67-73.

Tonda fue tejiendo, así como su cercanía con historiadores e instituciones con quienes parece identificar su forma de hacer historia. Inicia el carteo con Abelardo Levaggi (desde 1955), Cayetano Bruno (desde 1955) y Vicente Cutolo (desde 1956). En la década del sesenta son corresponsales asiduos Antonio Caggiano (desde 1961), José María Mariluz Urquijo (desde 1966), Diego Abad de Santillán (1968) y José Carmelo Busaniche (1969). Los años setenta ya lo sitúan cerca de los hombres de la Academia Nacional de la Historia, como Ricardo Zorraquín Becú, Ricardo Caillet Bois, Víctor Tau Anzoátegui y Dardo Pérez Ghilou. Con Ernesto Fitte, director de publicaciones de la Academia Nacional de la Historia, las relaciones epistolares inician en 1972. En este último año, Tonda participa en el Segundo Congreso de Historia Argentina y Regional, organizado por la corporación y también lo hace en el Tercer Congreso, del año 1973. Al mismo tiempo, intensifica los vínculos académicos con el Instituto de Historia del Derecho.<sup>34</sup> La primera carta del historiador Miguel Ángel De Marco, que en esos años pergeñaba un proyecto para la apertura de una carrera universitaria de historia, corresponde al año 1972, en un diálogo epistolar que devino en una amistad estrecha y en un trabajo colaborativo que se tradujo en la fundación de la revista *Res Gesta*,<sup>35</sup> en el año 1977 y, desde el año siguiente, en el inicio de la carrera de Historia de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario de la Universidad Católica Argentina. Entre los años setenta y ochenta figuran también como remitentes los historiadores santafesinos Federico Guillermo Cervera y Leoncio Gianello, así como también Efraín Bischoff, Isidoro Ruiz Moreno, Néstor Tomás Auza, Ernesto Maeder, Pedro Santos Martínez y Enrique Barba.

### Conclusiones provisionales

El porcentaje de avance de esta investigación posibilita extraer algunas primeras conclusiones firmes sobre el acervo epistolar de Américo Tonda. Es posible afirmar que la cartografía del epistolario revela, por la cantidad de piezas y por el elenco de corresponsales, un fondo archivístico de notable riqueza para analizar la trayectoria vital del sacerdote historiador, la genealogía de sus estudios sobre historia religiosa y, más en general, las relaciones entre escritura epistolar y producción intelectual.

En el caso de la correspondencia durante su etapa en el seminario y en Roma, hace posible reconstruir, no únicamente las redes epistolares familiares y de amistad sino, en particular, los progresos en la formación intelectual y en el proyecto de vida sacerdotal de Tonda. En conjunto con la correspondencia de la etapa siguiente, permite hacer inteligibles los motivos

<sup>34</sup> Carta de Víctor Tau Anzoátegui y Ricardo Zorraquín Becú a Américo Tonda, Buenos Aires, 19 de octubre de 1973. SC, FAT. BCR-UCA.

<sup>35</sup> Mónica Martínez (1985) menciona que fue idea de Américo Tonda el nombre de la revista. Un recorrido por esta publicación revela que contribuyó con artículos originales en todos sus números (p. 109).

y las personas que rigieron la articulación de sus primeros trabajos históricos. Así, el obispo santafesino Nicolás Fasolino y el historiador Guillermo Furlong constituyen corresponsales principales en los años de formación, a quienes expone sus cavilaciones sobre las temáticas que le interesan. Aparece también con nitidez la influencia del profesor en Roma, el sacerdote Pedro Leturia, a la hora de elegir el campo de estudio. Sin entrar a analizar la diversa altura intelectual de unos y otros, Fasolino, Furlong y Leturia inspiran, acompañan y sostienen la formación espiritual e intelectual de Tonda y determinan, en el caso de Leturia y Furlong, la orientación de su práctica de la historia.

Desde los años cuarenta irán *in crescendo* sus reflexiones en torno a las temáticas que rodean a sus investigaciones, que se desvelan como un discurso histórico en el espacio epistolar, es decir, mientras se construye, a modo de taller de escritura y en tanto estadios eventuales de sus producciones mayores dirigidas a la esfera pública. En esta línea, el cotejo de las piezas epistolares con borradores de su producción histórica, redactados incluso mucho antes de la publicación, hace posible delimitar el tiempo de gestación de la obra intelectual. En efecto, su interés por la figura y la trayectoria del deán Gregorio Funes se puede fechar hacia finales de los años treinta, tiempo antes de la defensa de la tesis doctoral. Pero, tan sólo cuarenta años después, la obra ve la luz de la imprenta. Durante ese tiempo, el epistolario muestra, de forma intermitente, los sentimientos de inseguridad y preocupación del autor ante la polémica recepción que podría tener su análisis crítico en un espacio académico en el que predominaba una visión laudatoria del sacerdote cordobés. De modo que las sucesivas menciones y argumentos que produce en interlocución con estudiosos de la historia religiosa demuestran no sólo el sostenido interés intelectual de Tonda por la figura de Gregorio Funes, sino -sobre todo- el largo proceso de gestación de la obra en la que es posible rastrear, a la vez, la evolución de las propias ideas del historiador durante los distintos trayectos de elaboración.

Asimismo, el repertorio epistolar comprendido entre los años 1958 a 1983 hace visible la extensión de las redes académicas que Tonda fue tejiendo, así como su cercanía con historiadores e instituciones con quienes parece identificar su forma de hacer historia. Su incorporación a instituciones como la Junta de Historia Eclesiástica, la Academia Nacional de la Historia y el Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho dan cuenta del reconocimiento de una producción histórica especialmente robusta y sostenida durante ese período.

En el recorrido realizado hasta ahora de las conversaciones mantenidas a distancia con compañeros, amigos y estudiosos, Tonda parece decantarse, ya desde los años cuarenta, por la práctica de una historia religiosa especialmente atenta al rigor metodológico a través de un minucioso examen de fuentes documentales, y al entrecruzamiento de perspectivas teóricas provenientes de la historia, del derecho canónico y de la teología. Se trata de un enfoque que no se construye de manera paralela a una historia civil, que no adolece de un clericalismo que

imposibilitaba la distinción entre el poder político y el espiritual pero que, a la vez, pone de manifiesto cómo el conocimiento teológico le permite situar los fenómenos que estudia en los contextos ideológicos apropiados.

### Referencias bibliográficas

1. Acha, O. (2010). ¿Deconstrucción de la historiografía?: documento y archivo en Jacques Derrida. *Epistemología e historia de la Ciencia*, 10(10), pp. 13-18.
2. Álvarez Barrientos, J. (2013). Los hombres de letras en sus cartas. Misanropía y comunicación en la teoría epistolar de Martín Sarmiento. En R. Padrón (Ed.), *Las cartas las inventó el afecto. Ensayos sobre epistolografía en el Siglo de las Luces* (pp. 17-46). La Laguna: Universidad/Instituto de Estudios Canarios.
3. Artières, P. y Kalifa, D. (2012/2013). El historiador y los archivos personales: paso a paso. *Políticas de la Memoria*, 13, pp. 7-11.
4. Aurell, J. (2014). Textos autobiográficos como fontes historiográficas: relendo a Fernand Braudel e Anne Kriegel. *Història*, 33(1), pp. 340-364.
5. Auza, N. (1986). La historiografía argentina y su relación con la historia de la Iglesia. Panorama bibliográfico. *Teología*, 47, pp. 55-84.
6. Batllori, M. (1979). *Del descubrimiento a la independencia. Estudios sobre Iberoamérica y Filipinas*. Santiago: Universidad Católica Andrés Bello.
7. Batticuore, G. (2018). La vida en las cartas: Ricardo Palma entre escritoras. *Revista Landa*, 6(2), pp. 161-176.
8. Brezzo, L., Micheletti, M. G., Di Marco, C. (2019). Américo Tonda y la escritura de la historia religiosa en Argentina a través de su archivo epistolar (1929-1943). *Revista Itinerantes. Revista de Historia y Religión*, 11, pp. 123-149.
9. Caimari, L. (2018). El historiador y el archivo, el archivo y la historia. Reflexiones sobre el uso del archivo para la escritura de la historia. *Hilos documentales*, 1(1), pp. 1-9.
10. De Marco, M. A. (2007). Un notable historiador eclesiástico argentino, el canónigo doctor Américo A. Tonda. *Temas de Historia Argentina y Americana*, 10, pp. 13-29.
11. Derrida, J. (1997). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Editorial Trotta.
12. Devoto, F. (2019). Acerca del lugar del archivo en la historiografía contemporánea. *Contemporánea*, 11(2), pp. 71-84.
13. Di Stefano, R. (2010). Pensar la Iglesia: el Río de la Plata entre la Reforma y la romanización. *Anuario de Historia de la Iglesia*, 19, pp. 221-239.
14. Durán López, F. (2002). La autobiografía como fuente histórica: problemas teóricos y metodológicos. *Memoria y Civilización*, 5, pp. 153-187.
15. Farge, A. (1991). *La atracción del archivo*. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, IVEI.

16. Florián, A. y Fogliato, S. (2011). El canónigo Doctor Américo Tonda. Entrevista a Mónica Martínez. *Res Gesta*, 49, pp. 145-154.
17. Fernández Cordero, L. (2013/2014). Cartas y epistolarios. Lecturas sobre la subjetividad. *Políticas de la Memoria*, 14, pp. 23-30.
18. Gimeno Blay, F. (2012). Escritos privados, textos públicos. *Studia Philologica Valentina*, 14(11), pp. 287-308.
19. Lida, M. (2011). El lugar de Américo Tonda en la historiografía religiosa argentina. *Res Gesta*, 49, pp. 19-46.
20. Llamosas, E. (2011). Revolución en religión: Historiografía e Ilustración en tiempos convulsos. El deán Funes y los temores al desorden social. *Res Gesta*, 49, pp. 47-69.
21. Martínez, M. (1985). *Canónigo Doctor Américo A. Tonda: una vocación al servicio de la Historia y la Fe* (Tesis de Licenciatura). Pontificia Universidad Católica Argentina: Argentina.
22. Martínez, M. (1987). Biobibliografía del Canónigo Doctor y Académico de Número Américo A. Tonda. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 60, pp. 447-491.
23. Myers, J. (2014/2015). El epistolario como conversación humanista: la correspondencia intelectual de Alfonso Reyes y Genaro Estrada (1916-1939). *Políticas de la Memoria*, 15, pp. 53-70.
24. Müller, B. (Ed.) (1994-2003). *Correspondance. Marc Bloch, Lucien Febvre et les Annales d'histoire économique et sociale*, 3 vols. Paris: Fayard.
25. Pagliai, L. (2013). Génesis textual y pragmática del discurso en la escritura epistolar: reflexiones teórico-metodológicas. *Políticas de la Memoria*, 14, pp. 13-21.
26. Peiró, I. (2001). La contemplación de Narciso: la "vocación autobiográfica" de los historiadores. En M. A. Ruiz Carnicer y C. Frías Corredor (Coords.), *Nuevas tendencias historiográficas en España*, pp. 361-388. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses.
27. Popkin, J. (2005). *History, Historians, and Autobiography*. Chicago: University of Chicago Press.
28. Pittaluga, R. (2005/2006). Notas a la relación entre archivo e historia. *Políticas de la memoria*, 6-7, pp. 199-205.
29. Pulgarín Gallego, M. C. (2017). *Revisión bibliográfica sobre archivos personales en Argentina, Brasil, Cuba, España y México en el periodo 2006-2016*. Medellín: Universidad de Antioquía.
30. Tonda, A. (1961). *Castro Barros y sus ideas*. Buenos Aires: Academia del Plata.
31. Tonda, A. (1961). *El Deán Funes y la Reforma Rivadaviana*. Santa Fe: Castellví.
32. Tonda, A. (1964). *La Iglesia Argentina incomunicada con Roma (1810-1858). Problemas, conflictos y soluciones*. Santa Fe: Castellví.
33. Tonda, A. (1979). El padre Furlong y sus estudios funesianos. *Archivum*, XIII, pp. 153-156.
34. Tonda, A. (1982 y 1984). *El pensamiento teológico del Deán Funes*, 2 tomos. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
35. Walsham, A. (2017). Rough Music and Charivari: Letters Between Natalie Zemon Davis and Edward Thompson, 1970-1972. *Past & Present. A journal of historical studies*, 235, pp. 243-262.